

La 110

Año II

Núm. 18

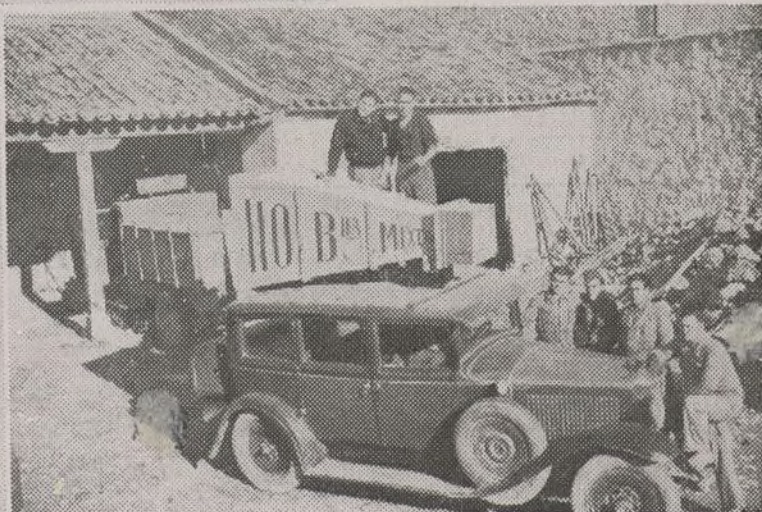
5 de enero de 1938



No cabe más orgullo,
más honor ni mayor
gloria que la de estar
encuadrado en el
Glorioso Ejército del
Pueblo.



Contra la muralla inex-
pugnable de nuestras
fortificaciones deben
estrellarse todos los
propósitos de la inva-
sión.



Respeta para que te respeten. Capacítate para que te obedezcan.

Teruel ha sido ya liberado

Nuestros hermanos los soldados de Levante han entrado, victoriosamente, en la capital del Bajo Aragón. Con esta victoria se inicia la serie ininterrumpida de las que nos han de llevar al triunfo definitivo de nuestras armas sobre las de la vil confabulación de españoles renegados, alemanes e italianos.

Al comunicaros esta noticia, tan grata para todos, lo hacemos con la satisfacción y con la alegría que podéis presumir, y de la que, sin duda, vosotros participaréis. Pero este triunfo que a nadie envanezca demasiado, ni menos que llegue a conturbarnos. Los vapores de este éxito no pueden aturdirnos hasta hacernos olvidar lo que en esencia él más representa; es un nuevo jalón que se clava en el sentimiento de nues-

tra responsabilidad y nos obliga a disponernos a ser de ella valedores y cumplidores inflexibles. Nuestros hermanos de Levante nos han señalado el camino y lo que, siguiéndolo mayestáticos y severos, podemos lograr; que nadie se desvíe de esta senda que en Aragón se ha abierto. Sigámosla con responsabilidad, con disciplina y con pleno amor a esta causa. Por ella y por nuestro pueblo, soldados de la 110 Brigada:

¡VIVA LA REPUBLICA!

¡VIVA EL EJERCITO DEL PUEBLO!

VUESTRO MANDO,

MANUEL ORTIZ y ANTONIO ASENCIO.

Con motivo de la toma de Teruel, el Mando de nuestra Brigada ha remitido a diversas personalidades de la República, los siguientes telegramas:

AL JEFE DEL GOBIERNO:

En V. E., saludamos y felicitamos pueblo español por la anexión capital Teruel territorio liberado.

AL MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL:

Orgullosos triunfo alcanzado Ejército Levante, felicitamos V. E., con todo respeto y admiración.

AL GENERAL JEFE E. M. CENTRAL:

Halagados por rotundos éxitos Ejército Levante reconquista Teruel, felicitamos V. E., efusivamente.

AL MANDO EJERCITO LEVANTE:

Rotundo éxito alcanzado conquista Teruel, nos obliga, además de nuestra felicitación sincera, a cosechar todos nuevos triunfos que aseguren nuestra total victoria.

RECUERDOS Y ESPERANZAS

Al despedirme de vosotros

Quien puede decirlo, ha dispuesto que de esta Brigada me ausente para ocupar, en otro frente, otro puesto. Las exigencias de la guerra así lo quiere y nosotros, ante ellas, nos doblegamos porque hace tiempo ya, desde el 18 de julio de 1936, que hicimos propósito firme de enajenarnos de ausentar de nosotros toda preocupación personal, para disponernos a servir a nuestra causa sin reservas de ninguna naturaleza. La proporción tan multiforme del éxito que percibimos pide eso y mucho más, y menguados serán los que, teniendo plena confianza en el porvenir de esta lucha, tratase de enturbiarlo o de dificultarlo pretendiendo proyectar, en él, las sombras, no por menos leves menos intrascendentes, de sus minúsculas preocupaciones o pasiones. Todo en nosotros es y debe de ser para la causa y para la guerra. Y, con este convencimiento, a ninguno puede extrañar que me marche de esta Brigada, preocupado, si se quiere hasta un tanto dolido, por la cima de amistades y de afectos que en ella he levantado con los siete meses de íntima convivencia que llevamos, pero sereno y satisfecho porque lo manda quien puede mandarlo y a quien todos debemos acatamiento y sumisión tan digna como respetuosa.

De todas las cosas que en estos momentos, atropelladamente, tratan de aturdirme o de confundirme por los recuerdos y por la emoción natural de una despedida, sale una que, por sus características especiales con relación a nuestra guerra en general, quiero destacarla ante vosotros y que adquiera una importancia trascendental y decisiva. La de que, al ausentarme de esta Brigada, quisiera, deseándolo con la viveza de quien en ella ve sumergidas sus más

caras ilusiones, que no solamente continuéis siendo todos vosotros lo que hasta aquí habéis sido, sino que vuestro estímulo, por ser más, se vea acrecentado de día en día hasta formar una organización idónea dentro de nuestro Ejército. La disciplina, el tesón, el ansia de combatir, el afán cultural que hasta hoy os ha poseído, en estos momentos, hago votos fervientes e interesados por que se vean centuplicados bajo la dirección de vuestro nuevo Comisario. Este afán o si queréis egoísmo, lo tendréis que refutar legítimo y natural en quien, por encima de todo, se siente antifascista, y que, por ello, sabe bien que al fascismo no se le podrá aniquilar más que construyendo un Ejército con las cualidades que yo he apuntado y que en vosotros hace tiempo empezaron ya a aflorar.

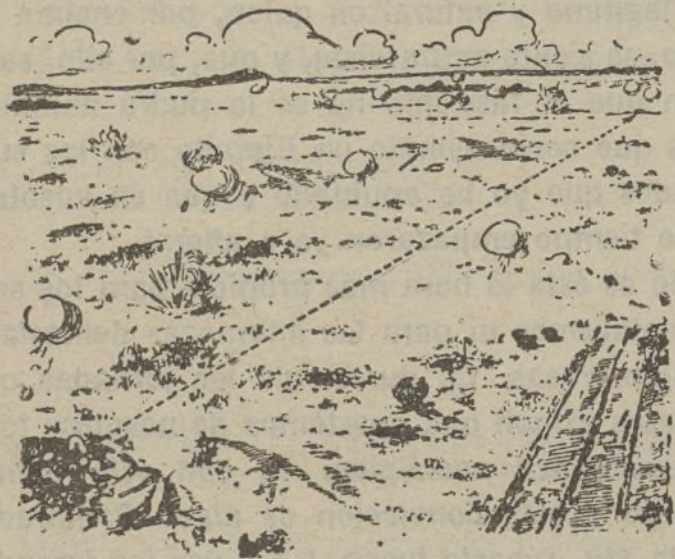
No es ésta la hora más propicia para los sentimentalismos ni para las añoranzas demasiado quejumbrosas. La dureza de las jornadas que vivimos exigen que apartemos de nosotros toda remembranza nostálgica. Y, con este pensamiento y esta convicción os digo: Camaradas de la 110, ¡«hasta luego»! Tal vez las jornadas futuras, en las que nuestro Ejército tiene que demostrar su bravura y su capacidad, lleguen a unirnos para luchar juntos. Mi satisfacción sería esa para tener, de cerca, una buena prueba del valor y del convencimiento antifascista que en vosotros anida. Y si aún eso fuese posible, pensando en el porvenir de nuestro pueblo y en los destinos de la humanidad, luchemos en cualquier frente y en cualquier puesto, como tal corresponde a nuestra tradición y a las esperanzas que en nosotros tiene puestas el mundo entero.

A. ASECIO LOZANO.



PARA QUE CADA COMBATIENTE CONOZCA EL OBJETIVO DE COMBATE DE SU PELOTON, SECCION, COMPAÑIA, Y COMO SE DEBEN CUMPLIR LAS MISIONES DE COMBATE

El campo moderno del combate es «desierto». A menudo, los combatientes están diseminados a decenas de pasos uno de otro; se adaptan al terreno, se enmascaran, se encubren (fig. 1). Esto dificulta el mando, porque los



comandantes no ven a todos sus combatientes, ni éstos a su comandante. Mientras tanto, las circunstancias del momento cambian a menudo; aparecen blancos nuevos, de breve duración. Únicamente el combatiente que comprenda la misión de su pelotón y sección, podrá adoptar, en caso de necesidad, una resolución independiente y ayudar con sus acciones a realizar la misión común del pelotón.

Cada combatiente republicano consciente debe estar preparado para reemplazar a su comandante, muerto o herido; por eso debe conocer bien la misión de su pelotón o sección.

Cada combatiente republicano está obligado, con el ejemplo personal, a ayudar a los com-

pañeros a cumplir la misión común, y para esto debe asimismo conocer bien la misión del pelotón o sección.

Si los combatientes no conocieren la misión combativa de su pelotón, constituirían un grupo desorganizado de gentes que esperan la voz de mando y las órdenes, y son incapaces por tanto de obrar sin ellas.

En el frente hay que cumplir misiones combativas bajo la lluvia, en medio de la nieve, con tiempo frío, y a menudo se pasan las noches sin dormir, la comida se recibe irregularmente o no se recibe del todo.

Sin embargo, por muchas privaciones que existan, no deben servir nunca de justificación para el incumplimiento de la misión combativa.

En cualquier momento, las órdenes recibidas del comandante deben ser cumplidas, sin discutir, aunque su cumplimiento traiga aparejadas grandes dificultades, privaciones y, a veces, hasta peligro para la salud y la propia vida.

El incumplimiento de las órdenes durante el combate conduce, inevitablemente, a la derrota.

La responsabilidad en el cumplimiento de la misión combativa corresponde no sólo al comandante, sino también a cada combatiente republicano.

POR QUE EL COMBATIENTE REPUBLICANO DEBE AYUDAR A SU VECINO CON SU FUEGO, BAYONETA Y CON TODO DE LO QUE DISPONGA. (AYUDA MUTUA)

Cada combatiente debe recordar que no pelea solo, que forma parte del pelotón, sección o compañía; y que la victoria puede ser alcanzada, únicamente, con la cooperación mutua, tanto de combatientes aislados como de unidades enteras.

Nunca se debe abandonar a un compañero en desgracia, y no únicamente en el combate, sino también durante el tiempo de paz.

Ejemplos de ayuda al compañero:

1) En un combate cuerpo a cuerpo a tu compañero lo apremian dos combatientes enemigos, mientras que tú no tienes adversario. Vete en su ayuda: matarás a uno, y al otro lo venceréis entre los dos. Si tú no libras a tu compañero, el enemigo matará a él primeramente, y luego a ti (fig. 2).



2) En una lucha cuerpo a cuerpo, el enemigo asestó la bayoneta contra tu comandante; tú has desviado el golpe y has librado a tu comandante (fig. 3). Con esto has ayudado no sólo



al comandante, sino a todos tus compañeros y a la tarea común. Si el comandante hubiese sido muerto o gravemente herido, esto podría reflejarse en el mando y llevar a la derrota.

Trata siempre de salvar a tu compañero, ayudándole en todo lo que puedas: en esto reside la garantía de la victoria.

Socorrer a un compañero es prestarle ayuda útil para el servicio. Pero si esa ayuda resulta perjudicial para el servicio, para el Ejército popular republicano o para la autoridad, entonces no se llamará ya socorro, cooperación de compañeros, sino participación en un crimen, en la violación del juramento, en la traición.

COMO DEBE PROCEDER EL COMBATIENTE AL SER HERIDO

Si el combatiente ha recibido ligeras heridas, sin distraer a los compañeros debe vendarse él

mismo la herida, y después de esto continuar cumpliendo la misión que se le había impuesto al pelotón. Pero si la herida no le permite manejar el arma, el combatiente debe informar de esto a su comandante y, con su autorización, puede dirigirse al puesto sanitario. Si el vendaje necesita ayuda de otra persona, el herido debe informar de esto a su comandante; y el comandante, o le vendará él mismo o lo encargará a otro combatiente. Al dirigirse al puesto de curaciones, el combatiente debe entregar todos sus cartuchos al vecino, y el fusil, si el estado de la herida se lo permite, llevarlo consigo. Debe prestarse especial atención a no ensuciar la herida al hacer el vendaje. Únicamente un enfermero puede acompañar a los heridos a la retaguardia. Con frecuencia, para los heridos en la defensa es más seguro quedarse en la trinchera hasta el fin del combate, que partir para la retaguardia por terreno descubierto, bajo el fuego enemigo.

Si el combatiente fuese herido en la ofensiva, puede retirarse arrastrando y ocultarse en cualquier cavidad del terreno, donde quedara a cubierto de balas y proyectiles; allí esperara hasta que se debilita el fuego enemigo, al avanzar las tropas; luego se dirigirá al punto de socorro médico. El combatiente debe conocer donde queda este y cual es el camino que ha de seguir. Si el herido no puede andar solo, esperara la llegada de los camilleros que lo recojan.

Si el combatiente herido fuese hecho prisionero, en ningún caso debe suministrar informes al enemigo acerca del nombre y de la disposición de su unidad, de su composición y objetivo que persigue. Recordara siempre que basta una sola palabra, dicha descuidadamente, para descubrir al enemigo las intenciones de su unidad y ser causa de la muerte de miles de compañeros. Por esto se le recomienda al combatiente el negarse a contestar las preguntas del enemigo, fingiéndose tonto, que no comprende que es lo que quieren de él, o, mejor aun, decir al enemigo que él ha sido movlizado hace poco, que acaba de volver del hospital o de cumplir la licencia y que, por consiguiente, no sabe nada. Al preguntarsele nombre y apellido, puede decirselo al enemigo. Se debe evitar hablar con los compañeros de desgracia, los demás prisioneros, de la situación en el frente, porque el enemigo vigila siempre a los prisioneros y escucha sus conversaciones. Hay que recordar que, a veces, hasta las paredes tienen oídos (existen también unos aparatos para escuchar). Si los compañeros empiezan a hablar de más, se les debe hacer callar inmediatamente e indicarles la necesidad de tener quieta la lengua.



EL PAISAJE.

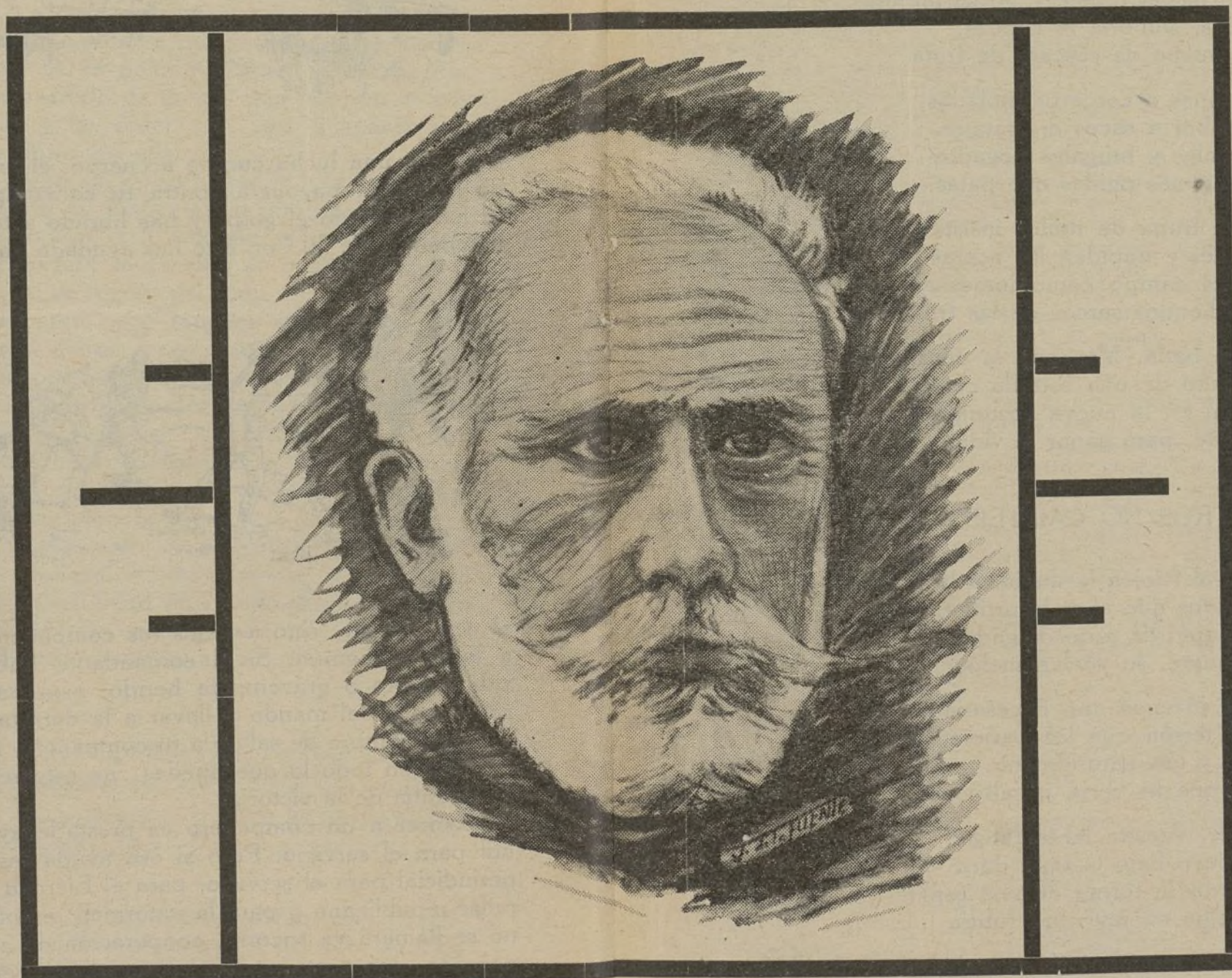
Ni un rayo de sol. La mañana está fría y, tiritando por la emoción y por los contornos helados del paisaje, nos vamos acercando a la tumba. A nuestras espaldas va quedándose Madrid, agobiado bajo los zumbidos de los cañones lejanos y alegrado por el optimismo de su fe y de su esperanza en el futuro. De las últimas calles de la urbe van saliendo, removidas por el zig-zag de los edificios, las primeras hileras de peregrinos que marchan a visitar la tumba del maestro. Doce años ha que partiera en un día como el de hoy, frío, brumoso, humedecido por la escarcha que se nos va metiendo hasta los huesos. Banderas, pancartas, carteles recordando afectos y palabras del «Abuelo». Y un enjambre de niños, luminosos en su inconsciencia, llevan en sus manos, que las atenazan con suavidad, flores, muchos ramos de flores, para ofrecerlas como una bandada de sus pensamientos inocentes y floridos. Ya esta peregrinación no se interrumpe hasta el pie mismo de la tumba. Rodeándola se apretujan y se confunden unos con otros en el ansia de acercarse para contemplarla, bella en el aturdimiento y en la confusión de sus miles de ramos, de coronas, de banderas, de lazos que, con sus inscripciones, recuerdan que lo que ella en sus piedras perpetúa, vivirá eternamente en el corazón y en la mente de los españoles.

EL HOMBRE.

Se levantan los puños, duros y encallecidos de los hombres, suaves de las mujeres, tiernos de los niños, en el rígido ademán del saludo proletario. Un silencio de expectación orea por encima de nuestras cabezas. Esperamos algo: que se produzca el milagro de ver resurgir de entre las piedras la faz serena y apacible del «Abuelo». Reconcentrados en nuestros propios pensamientos, del ayer y del hoy, nadie podrá

decir que el prodigio no se realice. Y emerge de la tumba la apostólica semblanza. Y lo vemos con su figura de gigante, cubierto con aquella gorra y aquella bufanda, que pretendían, en vano ya, darle al cuerpo un calor que no podía

ensancharse en un horizonte de cariño y de respetuosa veneración. Y, a través del tiempo, surge rodeado de sus hermanos los obreros, incitándoles constantemente con sus consejos y con su ejemplo a que se organicen para conseguir rec-



sentir. Los años lo habían enfriado y marchitado demasiado. Y con los años los dolores, los sufrimientos que sin cesar acechaban una vida que había sido forjada para amar y para crear. A horcajadas del dolor, esa vida había logrado

tificar su vida de podredumbre y de miseria y lograr otra de mayor bienestar, de amor y de felicidad. Y ese semblante, de siempre nimbado con las muestras de su infinita bondad, se transfigura, se contrae en gestos de iracundia y de



rebeldía cuando flagela, de la manera contundente con que sólo él sabía hacerlo, a los déspotas, a los tiranos, a los vividores de una política amasada entre el enredo y la superchería, tendente sólo a prolongar la esclavitud, la incultura y la miseria en nuestro país.

EL IDEAL.

Pero, a pesar de todo, del hombre sólo estaban allí sus cenizas, el polvo, el recuerdo. Para sentirlo con toda su grandeza había que volvernos otra vez a Madrid, al Madrid de sus luchas y de sus victorias. Las piedras de su mausoleo pretenden sólo hacernos recordar a él, y nosotros queremos mejor buscarlo en su obra, sentirlo en su ideal, admirarlo en la semilla que supo desparramar por las calles y por los sitios todos de este Madrid invicto, como un símbolo de nuestra España toda. Y lo vemos aquí, en el obrero que ha sabido emanciparse de su antigua beocia y de sus rudas pasiones de majo y de pinturero; en la mujer, que sabiéndose madre y obrera, lucha denodada y heroicamente por escalar las cumbres de esa apología del sentimiento y del deber; en las organizaciones saturadas de posibilidades y de responsabilidad que, en esta hora decisiva y agobiante, buscan, ansiosas, no apartarse de la senda que el Maestro trazara para llegar a columbrar su obra. Pablo Iglesias está aquí, entre los miles de combatientes, de obreros y de mujeres del pueblo que han sabido ya, al fin, redimirse de todos los yugos, del de los hombres y del de las abstracciones sentimentales y callejeras, para sentirse un poco deidades en esta nueva civilización que estamos creando. Y sintiéndolo aquí, en el brazo, en el corazón y en el cerebro; en las multitudes, en ellas lo amamos y lo veneramos una vez más a la hora de reintegrarnos al frente, después de haber depositado con emoción unas flores de nuestro recuerdo y de nuestro amor en su tumba en el XII aniversario de su muerte.

Ayuntamiento de Madrid



Alberti

Su poesía no es el lamento, no es el dolor contenido, no es la lágrima; es todo lo contrario: es la imprecación, es el grito, es la voz y conciencia de los que sufren, de los que luchan y trabajan.

Las estrofas de su lírica respiran libremente todos los horizontes y todas las reivindicaciones. Las duras aristas de sus versos son blindaje y filo a la vez. Ofenden y defienden: combaten donde combate el pueblo.

Rafael Alberti. Andalúz: es decir, gracia, donaire; hombre del siglo: espíritu franqueable a todas las ideologías liberadoras y heroicas; marxista: conciencia, pensamiento y corazón al servicio de un ideal noble.

Poeta de finos y ariscos matices, violento y tierno, es, a diferencia del García Lorca que glosamos en número anterior, poeta revolucionario por excelencia. Es el poeta que huye de las irrealidades fantasmagóricas de imaginaciones inflamadas de lunas y besos; es el poeta que del torbellino del tiempo, de la acción y de las ideas logra el diapasón de sus motivos y de sus poemas. Puede decirse, sin rodeos, que Alberti ha logrado la más perfecta compenetración entre la canción y la rebeldía.

LOS CAMPESINOS

SE ven marchando duros, color de la corteza
que la agresión del hacha repele y no se inmuta.
Como los pedernales, sombría la cabeza,
pero lumbre en su sueño de cáscara de fruta.

Huelen los capotones a corderos mojados,
que forra un mal sabor a sacos de patatas,
uncido a los estiércoles y fangales pegados
en las cansinas botas más rígidas que patas.

Sonando a oscura tropa de mulos insistentes,
que rebasan las calles e impiden las aceras,
van los hombres del campo como inmensas simientes
a sembrarse en los hondos surcos de las trincheras.

Muchos no saben nada. Mas con la certidumbre
del que corre al asalto de una estrella ofrecida,
de sol a sol trabajan en la nueva costumbre
de matar a la muerte, para ganar la vida.

VOSOTROS NO CAISTEIS

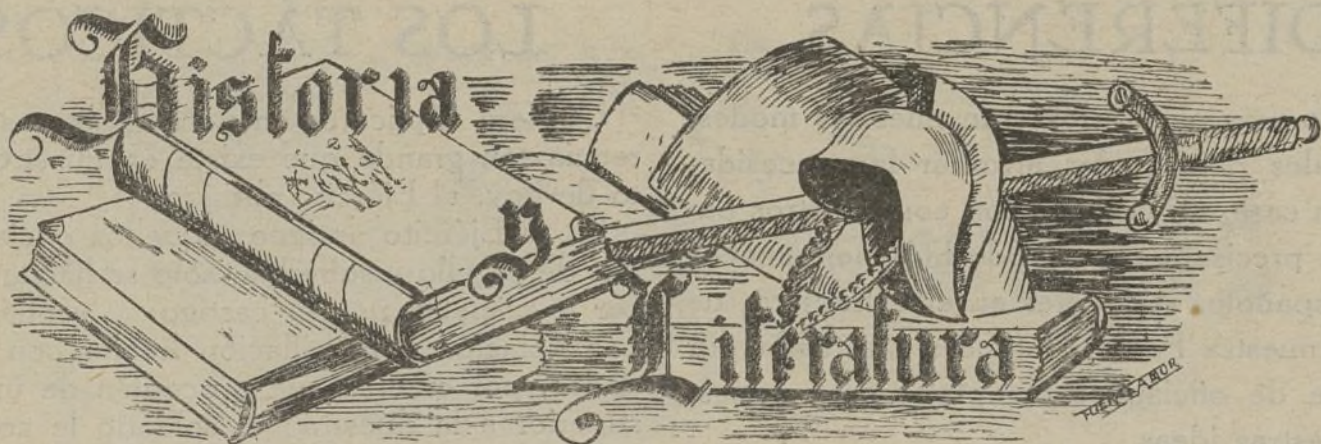
¡MUERTOS al sol, al frío, a la lluvia, a la helada,
junto a los grandes hoyos que abre la artillería,
o bien sobre la yerba que, de puro delgada
y al son de vuestra sangre, se vuelve melodía!

Siembra de cuerpos jóvenes, tan necesariamente
descuajados del triste terrón que los pariera,
otra vez y tan pronto y tan naturalmente
semilla de los surcos que la tierra os abriera.

Se oye vuestro nacer, vuestra lenta fatiga,
vuestro empujar de nuevo bajo la tapa dura
de la tierra, que al daros la forma de una espiga
siente en la flor del trigo su juventud futura.

¿Quién dijo que estáis muertos? Se escucha entre el silbido
que abre el vertiginoso sendero de las balas,
un rumor, que ya es canto, gloria recién nacido,
lejos de las piquetas y funerales palas.

A los vivos, hermanos, nunca se les olvida.
Cantad ya con nosotros, con nuestras multitudes
de cara al viento libre, a la mar, a la vida.
No sois la muerte, sois las nuevas juventudes.



Un pueblo en dos fechas

Dos de mayo de 1808. En las calles de la Villa del Oso y del Madroño deambulan sus pacíficos habitantes y en un murmullo, deslizado de confín a confín, se expresa la inquietud que embarga los corazones... De allende el Pirineo, llegan noticias contradictorias. Bayona... La familia reinante... El favorito... El heredero... Napoleón... imágenes que desfilan vertiginosamente como visión cinematográfica...

Carlos IV, incapaz, como rey, de regir su pueblo; como hombre, de regir su dignidad. Godoy, el favorito, encumbrado por las solicitudes y galanteos de María Luisa, la reina. Fernando, el príncipe. Ambiciosos con ensueños de tirano. La corte, hervidero de intrigas; una nobleza, de espíritu polvoriento como las pelucas de su adorno, entretiene sus ocios y riquezas malquistadas con fútiles pasatiempos, amores innobles, desmoralización, vértigo... Y el pueblo, sumido en la indigencia y abandono, ve con dolor el próximo futuro perfilarse dantesco: bancarrota en la hacienda, penuria en la industria y agricultura, comercio exterior expuesto a los tropiezos de los barcos ingleses y un Trafalgar, en el que no es bastante el heroísmo de los marinos del pueblo para evitar la impericia de Villeneuve y el trágico derrumbamiento de nuestro poderío naval.

Aún, lejos soplan los vientos de la sombra fatídica. Las colonias americanas vibran con impulso anhelos de separación de la Metrópoli, conmoviendo sus ciimientos.

Disgustos familiares. Ambiciones del heredero y favorito en lucha trascienden en la libertad de nuestro pueblo.

En la vecina Francia, cuna de los derechos del hombre, un corso, Napoleón, genio de la guerra, se ha revestido del solio imperial, y su paso por Europa es un vendaval que sojuzga a los pueblos y hace temblar de miedo las naciones. Fabrica tronos para sus deudos, y, en su afán de poderío, ve a España como lugar propicio a un nuevo asentamiento de sus águilas imperiales.

Finge una amistad, y pacíficamente sus legiones comienzan la invasión de nuestro suelo. Pretexto: una guerra con Inglaterra y su aliada Portugal... Y cuando creyó que las plantas de sus granaderos sujetaban las hispánicas tierras, en una entrevista hábilmente preparada, dió rienda suelta a sus designios ambiciosos.

Bayona. Reunión de familia reinante, debilidades internas, rencillas de padres e hijo descubiertas a los ojos del Corso, y, en un gesto indigno y cobarde, entrega infame de nuestra libertad hecha jirones ante los pies del tirano...

Amplios recelos se abrieron a la entrada en nuestro suelo de los soldados franceses. La perspicacia popular adivinaba la finalidad de aquel asentamiento de

fuerzas en plazas militares o estratégicas. Se densificaba el ambiente, enrarecía nuestra atmósfera, barruntándose la tormenta próxima a descargar, y encontrándose a los ánimos españoles dispuestos a soportarla...

No se hizo esperar. Un trivial episodio encendió la chispa. En la plaza de Oriente sonaron los primeros disparos, que prontamente se extendieron por el ámbito madrileño. Todo Madrid fué un hombre y un impulso. Habitantes de todas edades, sexo y condición, ebrios de ardor patrio, se enfrentaron a las huestes extranjeras. Cada calle, una batalla, y en cada paso, un combate. Donde caía uno surgían varios. Aquellas legiones invencibles de granaderos, coraceros y los mamelucos, en varias ocasiones, mordieron el polvo de la derrota ante armas anticuadas e inservibles manejadas con el ardor de nuestra raza.

Episodios de grandeza épica. El Parque de Artillería: Daoiz y Velarde sosteniendo varias horas de lucha desigual, mientras tienen un hálito de existencia. La Puerta del Sol, con las cargas de los mamelucos. Malasaña vengando a su hija y a su Patria...

Mas el aparato militar napoleónico abatió aquel heroísmo, y en la gris aurora de la mañana siguiente fueron bárbaramente inmolados en el Prado, sin respeto a sexo ni edad, los bravos españoles que lucharon por la libertad de su pueblo.

Pero lo que a otros pueblos anonadó, al nuestro dió más alientos. España, sojuzgada por el extranjero, se excitó y levantó, y en los sitios más recónditos resonó pujante el ideal patrio. Surgieron: los guerrilleros, luchando sin tregua ni descanso; el Ejército improvisado que, en un Bailén, enseñó al Mundo que no eran invencibles las tropas imperiales. Un Zaragoza y Gerona se cubrieron con timbres de gloria; un Cádiz, que no pudo hollar el invasor; y, más tarde, un Arapiles, Albuera y Vitoria hicieron volver eclipsada a Francia, la fama del coloso...



Siete de noviembre de 1936. Las mesnadas del fascismo habían hollado, en un rápido avance, las tierras de la cuenca del Tajo. Unas milicias, sin más elementos que su entusiasmo, se oponían a los extranjeros. Poco a poco, el aparato militar se adueñaba de los accesos a la capital de España. En las Cancillerías europeas comentaban su próxima caída. Sonaron voces de rebato. Las armas faltaban; y cuando los traidores, que también vendieron hecha jirones la libertad de su Patria, se gozaban pensando en su entrada, surgió un pueblo: el del Dos de Mayo, el de Zaragoza y Gerona, el de Bailén, Arapiles y Vitoria. Y no pasaron. Habitantes de todo sexo y edad tomaron parte en la lucha, regando el suelo con sangre trabajadora y buena, que tan generosamente había de fructificar en meses posteriores.

X.

¡Esto es España, camarada Attlee!

Sí, ha venido a España un amigo que ha querido conocer de cerca nuestra guerra, ha querido ver los crímenes tan monstruosos que han hecho los malditos pilotos extranjeros, los cañones de Krup, etc..., y ha venido para decirlo en su pueblo, que comprendan que no es una sublevación, que no puede haber más arreglo que un total aplastamiento de las fuerzas de Franco; que lo sepan bien: es una guerra de Independencia, que no se les puede tratar a los facciosos con más miramiento que lo que son: traidores a su Patria.

Sí, Mayor Attlee, nosotros no luchamos por tal o cual partido; nosotros luchamos por nuestra libertad, por que cada uno pueda defender sus derechos de ciudadano.

Has estado en Madrid, ese Madrid tan heroico, tan valiente, que defiende la libertad de España y de Europa, y es sencillamente lo que repitió varias veces: magnífico, magnífico. Y un pueblo de ese temple no admite arreglo; porque podrán destruirlo, pero no se humilla a los pies de sus traidores.

JESUS RODRIGO

Nuestro ejército se distingue del ejército fascista

Nuestro Ejército se distingue profundamente del Ejército fascista. Se distingue, antes que nada, por su carácter de Ejército popular que lucha por la independencia de nuestra querida patria; por una España libre, próspera y feliz. Se distingue, además, por ser un Ejército consciente, que sabe por qué lucha y qué causa defiende. Esto lo consiguen los Comisarios; los que con sus trabajos sistemáticos, de charlas políticas, lectura de la prensa entre los soldados, periódicos murales, y unido a la conducta y ejemplo de ellos mismos, transforman nuestro Ejército en un Ejército consciente, que sabe que todos estos trabajos son necesarios para obtener la victoria. Nuestro Ejército lucha por la libertad, lucha contra el régimen fascista, que es

el régimen del señoritismo, de los grandes terratenientes, de los caciques y del pistolero. Nuestro Ejército lucha para que todos los obreros, campesinos, intelectuales, pequeños propietarios, aumenten su bienestar. Lucha contra aquellos que, vendiendo nuestra querida España al fascismo italo-alemán, quieren convertirla en una colonia de estas dos naciones. Se distingue, porque nuestro Ejército es español y lucha por la independencia nacional de España, mientras que el Ejército fascista lo único que hace es luchar para, a cada palmo de tierra que gana, sacarle el producto y dárselo al extranjero. Sabiendo todo esto debemos de prestarnos todos voluntarios a la ayuda de la libertad de España.

EL COMISARIO DE INTENDENCIA